



Seix Barral

César Rendueles

Contra la igualdad de oportunidades

Un panfleto igualitarista



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Presentación. El trauma de la desigualdad

1. El final de la igualdad

2. Igualdad profunda y compleja

3. La obligación de la igualdad

4. Iguales que los demás e iguales con los demás

5. Organizar la igualdad material

6. Mujeres, hombres y todos los demás

7. Igualdad entre todos

8. Igualdad política y participación

9. Igualdad burocrática y violencia

10. La ideología educativa y la derrota de la igualdad

11. La cultura de la igualdad

12. ¿Cómo ser buenos? Un fin del mundo compartido

Epílogo

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

La desigualdad ha secuestrado la democracia y, mientras la libertad se ha convertido en el valor a reivindicar por excelencia, la igualdad material sigue ausente de los programas de los partidos, a excepción de la llamada «igualdad de oportunidades», que no deja de ser una forma de elitismo que beneficia a los que más tienen. Pero hay razones éticas, económicas, sociales y medioambientales para aspirar a una sociedad más equilibrada. Una que no dé a todo el mundo lo mismo, sino a cada uno lo que necesita.

César Rendueles propone en este libro un programa igualitarista contemporáneo con propuestas concretas, a la vez que explora la evolución de la igualdad en distintos contextos sociales, desde la igualdad de género hasta en el ámbito de la cultura, el trabajo, las relaciones familiares o la educación.

«Empecé a pensar en este ensayo en mayo de 2011, durante las movilizaciones del 15M, y terminé de escribirlo casi diez años después, en abril de 2020, durante el confinamiento como consecuencia de la pandemia del COVID-19», resume el autor. Sus conocimientos en sociología e historia y su capacidad para ilustrarlos con referencias populares, del cine a la literatura o las series de televisión, convierten estas páginas en una lectura apasionante para todos los públicos sobre una de las grandes asignaturas pendientes del siglo XXI.

CONTRA LA IGUAL- DAD DE OPORTUNI- DADES

Un panfleto igualitarista

César Rendueles



Presentación. El trauma de la desigualdad

La mayor parte de las madres y los padres occidentales dedican, en comparación con otras sociedades, una gran cantidad de tiempo a hablarles a sus bebés. Potencian el laleo repitiendo lo que dicen los niños, exageran la práctica del llamado «maternés», adoptando tonos que imitan la voz de los bebés... Es una práctica tan habitual que incluso se ha integrado en las evaluaciones de los expertos en puericultura, que a veces preguntan a los progenitores si hablan lo suficiente con sus bebés y juzgan los resultados en virtud de la cantidad de palabras que reconocen y son capaces de reproducir los niños. Este esfuerzo comunicativo ha sido históricamente exitoso, en el sentido de que los bebés occidentales aprenden a hablar antes que los de otras partes del mundo. Y también completamente ocioso, en el sentido de que los miembros de otras sociedades en las que se habla mucho menos con los bebés aprenden a hablar exactamente igual de bien que nosotros.

En general, la obsesión por la estimulación temprana de los hijos se ha convertido en un rasgo muy característico de los procesos de socialización occidentales. Casi todos estamos convencidos de que las experiencias que se dan en la primera infancia, y de las que son responsables casi en exclusiva las madres y los padres de nuestras familias nucleares, dejan una huella indeleble en nuestra personalidad, por mucho que no seamos capaces de recordarlas. La mayoría de los padres modernos vivimos obsesionados con la influencia de nuestros actos sobre el carácter de nuestros hijos. Una extensa literatu-

ra de dudoso rigor científico nos atemoriza con toda clase de desgracias si no dedicamos ingentes esfuerzos a promover las capacidades intelectuales y emocionales de bebés que, literalmente, no son capaces de mantenerse erguidos o de niños que aceptan sin discusión que un roedor mágico se mete por las noches bajo su almohada para intercambiar dientes por regalos. En cambio, muchas sociedades pasadas han considerado, tal vez de forma justificada, que la infancia era un periodo poco relevante en la forja de la personalidad. Las decisiones importantes para el tipo de persona que llegaremos a ser son aquellas que se dan en la adolescencia, en la transición a la edad adulta. Hay todo un subgénero literario muy interesante dedicado a ese tema: el *Bildungsroman*, la novela de formación en la que un adolescente inicia un proceso de aprendizaje vital y búsqueda de experiencias novedosas que moldean su carácter y marcan su destino, dejando atrás la infancia como si estuviera mudando de piel. Tal vez sea un síntoma de la época que nos ha tocado vivir que en la literatura, el cine y la televisión contemporáneos el *Bildungsroman* haya quedado reducido a relatos del despertar sexual.

Nuestro convencimiento de que los progenitores modelan a través de sus actos y su actitud el futuro de sus hijos tiene como correlato una infravaloración sistemática de los efectos en la vida de los niños de la socialización entre iguales. Probablemente el margen de intervención de los padres sobre la personalidad de los hijos es más estrecho de lo que nos imaginamos. En primer lugar, porque, por mucho que nos escandalice a las personas progresistas, la herencia genética importa. Tal vez los niños agresivos no lo sean exclusivamente por haber crecido en entornos sociales conflictivos, sino también, y sencillamente, porque son hijos de gente agresiva. En segundo lugar, existen procesos de retroalimentación: también los niños nos educan a nosotros. A los adultos nos encanta imaginarnos como piezas de orfebrería personal perfectamen-

te acabadas y definitivas. En realidad, los efectos de la interacción social sobre nuestra personalidad continúan a lo largo de toda nuestra vida, y el contacto con los niños nos cambia tanto como nosotros los cambiamos a ellos. Jon Elster contaba un chiste al respecto: «Hay que tratar a Dani con paciencia, viene de una familia deteriorada», comenta un profesor a sus colegas. «No me cabe duda —responde otro—, Dani sería capaz de deteriorar cualquier cosa.»

En tercer lugar, están los grupos de pares, el efecto de unos niños sobre otros. Los progenitores y los profesores consiguen moldear el modo en que los niños se comportan delante de ellos, poco más. Una de las más importantes fuentes de influencia familiar es, precisamente, que las madres y los padres tienen la capacidad para seleccionar algunos rasgos de los niños con los que se relacionan sus hijos: el vecindario, el colegio, los grupos de afinidad con los que interactúan... Los niños son agentes muy activos de su propio proceso de socialización. No se limitan a asumir las influencias procedentes del exterior sino que las elaboran enérgicamente, a veces con resultados inquietantes y a pesar del esfuerzo y el ejemplo explícito de sus familiares o profesores. Por eso en sus juegos reproducen escenas sociales normativas o convencionales aunque dispongan a su alrededor de contraejemplos. La psicóloga Judith Rich Harris recordaba a una niña que estaba jugando a las casitas y le dijo a su compañera: «Las niñas no pueden ser médicos, sólo enfermeras». Lo extraño es que su propia madre era doctora en un hospital. ¹

En general, tendemos a infravalorar la influencia de nuestros iguales en nuestro comportamiento. Sin embargo, la relación con nuestros grupos de pares nos afecta de una manera desproporcionada. La propia Harris recordaba un estudio de la socióloga Anne-Marie Ambert, que propuso a sus estudiantes una memorización de sus vidas preuniversitarias. Una de las preguntas que planteó fue: «¿Qué es lo que, por encima

de todo, te hace más infeliz?». En contra de la mitología hollywoodiense —unánime a la hora de señalar los efectos traumáticos de la ausencia paterna en los partidos de la liga de béisbol infantil—, sólo el 9 % describió un trato o una actitud desfavorables por parte de sus padres. En cambio, el 37 % refirió experiencias de malos tratos recibidos de parte de sus compañeros que habían tenido efectos perturbadores y duraderos sobre ellos.

Tal vez las humillaciones entre iguales sean particularmente degradantes porque la propia desigualdad lo es. Sólo a través de un inmenso fetichismo hemos conseguido hacer caso omiso de esa realidad profundamente arraigada en nuestros cuerpos. La desigualdad está detrás de una cantidad asombrosa de trayectorias vitales dañadas y dilemas colectivos. La igualdad no es la condición para nada —el éxito personal, el Estado de derecho...—, sino un fin en sí misma porque es una de las bases de nuestra vida en común. La igualdad forma parte de los cimientos biológicos y culturales de la sociabilidad humana, de nuestra capacidad para vivir juntos y nuestra necesidad de hacerlo. El rechazo de la desigualdad y la reprobación colectiva de los individuos dominantes están profundamente integrados en nuestra historia evolutiva: somos animales mucho menos jerárquicos que otros primates. Pero, además, la experiencia histórica muestra que los incrementos de la desigualdad están relacionados con la fragilización social, la disminución de la solidaridad comunitaria y el aumento de la desconfianza colectiva. La desigualdad destruye el tipo de vínculos sociales que nos resultan imprescindibles en cualquier proyecto de vida buena.

Este libro está dedicado a ahondar en esa idea —la centralidad social, cultural y ética de la igualdad— desde la perspectiva de las políticas emancipadoras contemporáneas. La igualdad es un elemento irremplazable de la capacidad de organización colectiva de la especie humana y de nuestras po-

sibilidades individuales de autonomía y desarrollo personal. El psicoanalista Donald Winnicott definía el trauma —una noción bastante oscura, en realidad, aunque la usemos cotidianamente— como «una ruptura en la continuidad del ser». La desigualdad generalizada de nuestras sociedades es un trauma colectivo, una ruptura social que afecta a nuestra capacidad para relacionarnos con los demás y tiene espeluznantes efectos políticos y personales. Sin embargo, la igualdad material profunda ocupa un lugar marginal, o al menos poco destacado, en los proyectos políticos hegemónicos de nuestro tiempo. Las únicas versiones del programa igualitarista relativamente comunes son o bien la igualdad de oportunidades, o bien una indignación moralizante con las desigualdades extremas y la pobreza. La primera es, en mi opinión, una perversión meritocrática del igualitarismo; la segunda, un proyecto inane o, en el mejor de los casos, de corto recorrido. En las páginas que siguen intento, en los tres primeros capítulos, presentar las características del igualitarismo profundo para, en el resto del libro, desarrollar algunos rasgos de un proyecto igualitarista factible en campos como la economía y el trabajo, las relaciones entre mujeres y hombres, la educación, la cultura, el medioambientalismo o la participación política. Básicamente, describo la igualdad como un camino escarpado, lleno de claroscuros e incertidumbres que, no obstante, necesitamos explorar urgentemente.

Por supuesto, la igualdad material no es la solución para todo, como a veces se desprende de algunas posiciones izquierdistas. De hecho, la igualdad tiene su propio conjunto de problemas relacionados con la conformidad de grupo —el modo en que adaptamos nuestras preferencias, nuestros valores e incluso nuestras percepciones a la norma colectiva—, los mecanismos de reconocimiento del mérito, la posibilidad de autonomía personal o la naturaleza del vínculo social en las sociedades complejas. Pero es cierto que, a diferencia de

otros dilemas de nuestra existencia capaces de sumirnos en un abismo de desesperación o perplejidad, eliminar la desigualdad material es relativamente sencillo, sabemos aproximadamente cómo hacerlo y estamos cognitiva, cultural y éticamente preparados para ello.

Este libro es el resultado de una preocupación de más de diez años por la igualdad y la desigualdad social: desde los estudios técnicos acerca de las distintas dimensiones de la desigualdad y su medición hasta la historia de las estrategias políticas igualitaristas en diferentes contextos sociales, desde la evolución de la igualdad entre mujeres y hombres hasta la igualdad en el ámbito de la cultura, el trabajo, las relaciones familiares o la educación. Empecé a pensar en este ensayo en mayo de 2011, durante las movilizaciones del 15M, y terminé de escribirlo casi diez años después, en abril de 2020, durante el confinamiento como consecuencia de la pandemia del COVID-19. Son dos momentos de nuestra historia reciente en los que los dilemas colectivos relacionados con la igualdad —por ejemplo, con la universalidad efectiva del derecho a la salud o a la vivienda— se volvieron particularmente visibles tanto en la arena pública como en nuestra cotidianidad y nuestras relaciones personales. De hecho, hay pocas cosas que me causen tanta inquietud moral como mi participación inercial en distintos sistemas de estratificación y mi falta de valentía para desafiarlos como creo que debería. Soy un hombre de mediana edad, europeo, heterosexual, con un puesto de trabajo estable en un sector laboral relativamente prestigioso, así que esa es bastante inquietud. A lo largo de la última década esta preocupación se ha plasmado en publicaciones de muy distinta índole, desde artículos académicos hasta textos de intervención. Ocasionalmente he recuperado en este ensayo algunas de esas ideas tratando de integrarlas en una argumentación más amplia, cabal y, para bien o para mal, vehemente. El motivo de esto último, al margen de mi propio carácter, es

que siempre que he defendido en público la necesidad de la centralidad de las políticas igualitaristas en una sociedad democrática digna de tal nombre alguien me ha acusado de panfletario. Así que he decidido ponerme a la altura de esas acusaciones escribiendo, abierta y literalmente, un panfleto.

1

El final de la igualdad

Zootrópolis es una película de dibujos animados de Disney estrenada en 2016. Se desarrolla en un país habitado por toda clase de animales mamíferos con personalidades antropomórficas. O sea, que allí conviven grandes depredadores con herbívoros y pequeños roedores. En Zootrópolis hay delitos y violencia como en una sociedad humana, pero son fenómenos sociales, no una lucha por la vida darwiniana (los guionistas pusieron buen cuidado en no explicar de qué demonios se alimentan los carnívoros, tal vez se volvieron veganos).

No obstante, las características biológicas importan. Por ejemplo, todos los policías de Zootrópolis son grandes mamíferos. Precisamente la protagonista de la película es Judy, una pequeña conejita que sueña desde niña con convertirse en agente de policía. Logra ingresar en la academia de policía y gracias a su inteligencia y capacidad de sacrificio supera todas las pruebas físicas, pensadas para animales mucho más fuertes, grandes y rápidos. Desgraciadamente, sus dificultades no terminan ahí. Cuando se gradúa, comienza la discriminación profesional. Sus superiores y compañeros de la comisaría a la que es destinada no reconocen sus méritos y apenas dejan que se ocupe de regular el tráfico. Pero Judy no se amilana y logra resolver una serie de asesinatos pese a los obstáculos que le ponen sus superiores.

Resulta que los depredadores de Zootrópolis parecen estar volviendo a su estado salvaje y atacan a otros ciudadanos. Es como si la primitiva naturaleza animal estuviera emergiendo bajo la fina capa de civilización que la contenía. Judy descubre que, en realidad, los depredadores enloquecen porque alguien les inyecta una droga de efectos psicotrópicos que los vuelve agresivos. Averigua que todo forma parte de una conspiración de algunos herbívoros, que están resentidos por su posición de relegación social. Los herbívoros quieren ganar poder haciendo creer a la gente que los depredadores son peligrosos por naturaleza. La líder del complot es la vicealcaldesa, una oveja cuyo cargo es meramente decorativo porque el alcalde, un león, la trata como si fuera una secretaria sin autoridad política.

La película fue recibida por la crítica como un alegato a favor de la igualdad de oportunidades y en contra de la naturalización de la desigualdad. En realidad, esa es sólo una parte de la historia. Es verdad que algunos herbívoros de Zootrópolis conspiran para perjudicar a los carnívoros fingiendo una determinación biológica inexistente, pero también lo es que se encuentran en una situación estructural de relegación. Los depredadores son la élite política y social y ocupan puestos de privilegio y autoridad. La vicealcaldesa tiene razones para rebelarse: es denigrada por el alcalde, un macho alfa que no respeta la dignidad propia del cargo de la oveja.

Zootrópolis pasa a toda velocidad de la tesis de que nuestro comportamiento social no está determinado naturalmente a la pretensión de que somos dueños individualmente de nuestro destino social. La moraleja de la película —o al menos una de ellas— es que actuar colectivamente para que las élites pierdan su posición heredada de privilegio sería tan absurdo e injusto como retratarlas como animales salvajes cuyo comportamiento dominante viene dado por sus características biológicas. Por tanto, la única respuesta a la desigualdad es